







CUATRO
MARTÍN ZARIELLO

• Ilustrado por: DANIELA RUGGERI

Zariello, Martín

Cuatro / Martín Zariello ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Daniela Ruggeri. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 114 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 8)

ISBN 978-987-3772-12-2

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Ruggeri, Daniela , ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



MARTÍN ZARIELLO

MAR DEL PLATA, BUENOS AIRES, 1984.
Publicó los libros *Sobre el rock*, *En realidad quería hablar de otra cosa* y *La luna y la muralla china*. Mantiene el blog:
•ilcorvino.blogspot.com



DANIELA RUGGERI

BUENOS AIRES, 1990. Es maestra nacional de dibujo por la Escuela de Bellas Artes Rogelio Yrurtia. Desde 2008 trabaja en diversos proyectos editoriales como ilustradora, entre ellos títulos de la Biblioteca Nacional, la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, editoriales autogestivas como *Rúcula Libros*, *Cuásar* y *Panxa Cómic*s, donde actualmente es historietista, diseñadora y editora.

Con el colectivo *Panxa* tiene un pequeño taller gráfico digital donde, además de producir los títulos de la editorial, imprime y encuaderna títulos de otras editoriales independientes de historieta. Se puede ver su obra en:

- *elmargendelafoja.blogspot.com*

EL GRIEGO



Los hechos ocurrieron a fines de los años 90. Un grupo de amigos festeja la llegada de la primavera y pasa un par de días en El Griego, un camping lejos del centro de la ciudad.

Los lleva en su camioneta el padre de Marihuana. Le dicen Marihuana porque actúa como un chiflado pero nunca

probó un porro ni nada parecido. Es nuevo en el curso pero se hizo amigo de todos al instante. El primer día se comportó como un Relaciones Públicas: habló con cada uno, buscó complicidad y la encontró.

Viajan en la caja de la camioneta, todos juntos. Los acompaña el hermanito loco de Marihuana. Es un nene de cinco o seis años. Es agresivo y muerde cosas que le gustan o le desagradan. Mordió ratas, perros y tetas. Aunque todos tienen entre catorce y quince años están



aterrorizados ante su presencia.

Tienen varios apodos extraños. Hay uno, también nuevo, al que le dicen Trigo. Ya se olvidaron por qué le dicen así, las cosas pasan muy rápido.

Hay otro al que le dicen Caca Verde. Le dicen así porque en un campamento se tapó el inodoro del baño. Fueron a ver y había una tonelada de caca verde. El último en ir al baño había sido Ricardo, así que le pusieron Caca Verde.

A Caca Verde no le importa que le digan así. Si le dijeran Mierda Verde la

cosa sería diferente. Pero Caca es una palabra amistosa.

Cuando la profesora de Historia les pidió los cuadernos de comunicaciones por llamarlo de esa manera, Caca Verde se paró y le explicó que se lo decían con su consentimiento. Fue muy valiente de su parte.

La profesora devolvió los cuadernos pero dijo que era de muy mal gusto llamar así a un amigo. Ella creyó que se burlaban, pero nada que ver, Caca Verde es el mejor compañero y todos le



tienen gran cariño. Nunca se pelea con nadie y nadie se quiere pelear con él.

Un día Caca Verde explicó que tampoco pensaba dejarse llamar así toda la vida. Dijo que en determinado momento él decidiría no ser más Caca Verde. Se refería a la adultez, a que no podría conseguir trabajo o tener hijos llamándose de ese modo. Pero para eso falta mucho.

El camping está lleno. Hace calor, hay mucho humo (de asado y de porro) y la gente sale corriendo y se tira en

una pileta enorme. Casi todos son más grandes que ellos y es como si no existieran. Justo al lado tienen un grupo de chabones de pelo largo, barba, bigotes y remeras negras de rock and roll transformadas en musculosas. Acampan junto a un grupo de chicas de pelo negro teñido, con flequillos muy marcados, que están en bikini o tienen remeras grandes y mojadas.

El Trigo dice que conoce a una de las rolingas de al lado. Julián le dice que si conoce a una que vaya y salude. El



Trigo dice que no quiere molestar. Me parece que no conocés a nadie, dice Julián. El Trigo reacciona inmediatamente a la provocación y se dirige al campamento de los rockeros. Cuando parece que está por detenerse, sigue de largo y se pierde entre las personas, los árboles y las carpas.

A la tarde se van a la pileta. Nahuel permanece todo el tiempo en el borde, con la remera, unas bermudas color caqui y las ojotas puestas. Caca Verde dice que Nahuel no se mete a la pileta por-

que es muy blanco, muy flaco y no sabe nadar. El Trigo y Martín le preguntan a Nahuel qué hace ahí solo en el borde la pileta, por qué no se mete. Nahuel dice que está mirando chicas. Martín dice que desde adentro de la pileta se ven mejor. Nahuel no contesta nada.

Julián se queda con Marihuana, que llevó de contrabando un aire comprimido. Caminan hasta llegar a un alambrado en el que termina el camping y empieza un gran baldío rodeado de casitas humildes. Pasan el alambrado por



abajo y, como no ven pájaros ni liebres (según Marihuana debería estar lleno de liebres), empiezan a tirar al aire. Los tiros retumban en todo el campamento y hay un revuelo general del que ellos ni se enteran.

Un rato más tarde se juntan alrededor de sus carpas y llegan las autoridades del lugar. Martín, Nahuel, Caca Verde y El Trigo no entienden nada. Les confiscan el aire comprimido y les dan un sermón adelante de todos. Marihuana protesta y amenazan con echarlo. Ma-

rihuana se larga a llorar y los chabones de al lado le hacen burlas. Marihuana quiere pelearlos y los chabones casi lo matan a piñas.

El último intento de resistencia por parte Marihuana es organizar una gran pelea colectiva contra los chabones pero ninguno de sus amigos le hace la segunda.

A la noche están todos comiendo adentro de la carpa más grande (también tienen un iglú en el que duermen Nahuel y el Trigo). Nadie dice nada.



Martín se siente avergonzado y desea pertenecer a otro grupo. Julián está decepcionado de Marihuana, a quien idolatraba. Nahuel se siente bien porque nadie lo molesta. El Trigo está pensando en la rolinga de al lado y en que Marihuana los hace quedar mal a todos. Caca Verde piensa en el sánguche de milanesa que se está comiendo. Marihuana quiere hacer de cuenta que no pasó nada.

En la carpa de al lado hay una fiesta. Están comiendo asado y tienen la

música a un volumen altísimo. Las rolingas bailan y gritan con choripanes en la mano y los chabones las corren y se las transan contra los árboles. Ellos miran como si estuvieran adelante de una escena recreada en el museo de ciencias naturales.

Hacen un fueguito diminuto y se sientan alrededor. Los chabones les tiran las cajitas de tetra por la cabeza y ellos toman una Fanta caliente y no dicen ni mú.

Estos tipos nos tomaron de punto,



dice Martín. Chocolate por la noticia, responde Caca Verde. Julián propone cerrar las carpas y recorrer el camping de noche. Nahuel dice que tiene sueño y se va a dormir. Julián le pregunta para qué fue si lo único que hace es comportarse como una planta. Nahuel se enoja y se encierra en el iglú. El Trigo le dice que abra, que sus cosas están ahí pero Nahuel no responde. El Trigo se vuelve loco y grita y los chabones hacen burlas una vez más. El Trigo se pone rojo y se sienta otra vez en la ronda.

El fueguito se va apagando, aparece uno de los chabones de al lado, re esca-biado, y les tira una gota de nafta desde un bidón. Hay una explosión bastante peligrosa y ahora los chabones y las rolingas aúllan como lobos demen-tes. Cuando el chabón de la nafta se va Martín dice que no van a poder irse a la noche con esos tipos al lado. Los demás asienten y todos se meten en la carpa grande.

A la mañana el primero en levantar-se y salir afuera es Nahuel. Una rolinga



despeinada y en bombacha lo mira. Nahuel le sonríe y la rolinga le pregunta qué está mirando. Nada, dice Nahuel y se mete en el iglú otra vez.

Al mediodía Marihuana hace reír a todos porque se mete tres salchichas en la boca. Quiere reconciliarse rápidamente con el grupo por lo del aire comprimido. Hace más calor que el día anterior y ocupan una canchita libre. Juegan al fútbol con unos pibes más grandes y les ganan. Julián y Caca Verde la rompen. Martín es el que más sabe

de fútbol pero juega re mal y nadie se anima a decírselo. Después van todos a la pileta y cuando Nahuel se niega, lo meten de prepo.

De repente están todos analizando a las chicas que les pasan por al lado y falta El Trigo. Lo encuentran acodado en una esquina de la pileta, hablando con una chica de doce o trece años. Vamos, dice Julián. Nahuel se queda rezagado y vuelve al iglú.

Cuando llegan todos, también se unen las amiguitas de la que habla con



El Trigo. Esto se pone bueno, dice Marihuana y los demás lo fulminan con la mirada. Son todas muy finas y flaquitas. Son de un colegio privado y los padres las dejaron ir a El Griego porque se sacaron diez en todas las materias.

Marihuana empieza a jugar con una rubia. Primero la salpica y después le hunde la cabeza en el agua. La chica se asusta y empieza a llorar.

A la noche los chabones y las rolingas andan tirados por ahí. Después de tanto chupi y morfi, dice Julián, están reven-

tados. Marihuana dice que lo esperen y se mete en la carpa. Cuando vuelve tiene un montón de paquetes de cigarrillos. Se los robó a los padres. El Trigo dice que esa noche sí pueden ir a recorrer el camping de noche, que tienen que aprovechar que los chabones de al lado están fisura.

Cenan sánguches. Marihuana come un sánguche de queso y salame y fuma un cigarrillo al mismo tiempo. Así no se fuma, dice Martín. Marihuana y Julián (que otra vez idolatra a Marihua-



na) le piden a Martín que fume él si tanto sabe. Martín agarra un cigarrillo, lo toma entre sus dedos y entre seca y seca deja pasar dos o tres minutos. Todos se ríen y son felices. Nahuel entra en el iglú y se encierra.

Cuando ya comieron y eructaron, cierran la carpa grande con un candadito. Marihuana lleva en una mochila un montón de paquetes de cigarrillos, sándwiches de salame y queso por si le da hambre y una botella de Gini Cola. El Trigo dice que las chicas que cono-

cieron a la tarde se juntan en la zona de las hamacas, que vayan para ese lado. Aparece Nahuel con una linterna y les dice que quiere ir con ellos. Julián le dice que todo bien pero que con esa linterna van a quedar como unos boludos. Nahuel dice que entonces prefiere irse al iglú. Marihuana agarra la linterna y se la tira a cualquier lado, con tanta mala suerte que pega en el techo de una de las carpas de los chabones. Salen todos corriendo.

A la noche hay cierto movimiento



pero muchas carpas permanecen cerradas. Están todos cogiendo menos nosotros, dice Julián. Mientras caminan Marihuana reparte los cigarrillos y cuando llegan a la zona de las hamacas, excepto Nahuel, cada uno tiene un cigarrillo en la mano o en la boca.

Rápidamente divisan al grupito de chicas de la pileta y van a su encuentro. Cuando llegan, la líder (la que hablaba con El Trigo) aparta a las demás y les dice que no tienen problemas en estar con ellos pero que con Marihuana

no quieren saber nada. Marihuana pregunta qué hizo y vuelven a fulminarlo con la mirada. Casi ahogás a la piba esa, grita Caca Verde, indignado. Marihuana dice que estaba jugando, le pide perdón a la nena y le ofrece un sánguche de salame y queso, pero cuando se está por acercar la nena grita: ¡No, no, no, por favor, no!

Marihuana le toca el hombro y la chica grita como si le hubiesen pegado un tiro. Se larga a llorar y dice que se quiere ir a su casa.



El Trigo le dice a Marihuana que se vaya y pasan un rato discutiendo adelante de las chicas.

Marihuana no se va y permanece al costado del grupo, comiendo un sán-guche con la boca abierta. El grupo de las nenitas se parte al medio. Se van la líder, la que Marihuana casi ahoga y una pelirroja muy linda y callada. Solo se quedan una flaquita de pelo corto y otra gordita simpática. Se llaman Florencia y Analía. Julián, Martín, Caca Verde, el Trigo y Marihuana se esfuerzan por fu-

mar bien y decir cosas graciosas o más o menos cancheras. Nahuel permanece recostado sobre el caño de las hamacas, dibujando sus iniciales en la tierra con la puntera de sus zapatillas.

Marihuana le da un cigarrillo a Florencia y el Trigo le dice si está loco o qué le pasa, que cómo le va a dar un cigarrillo a ella. Florencia dice que ella quiere cigarrillos y empieza a reírse y a coquetear con Marihuana como una loca. Todos odian a Marihuana en ese momento.

Queda Analía, que sin sus amigas al



lado se convirtió en una chica tímida que se sonroja cada dos segundos. Como no pasa nada interesante, Julián va directamente adonde están Florencia y Marihuana. Se dan besitos en el cachete y Marihuana propone comer un sánduche como si fueran la Dama y el Vagabundo. Julián mira cómo comen y no sabe qué hacer. Florencia cuenta que colecciona latas de cerveza y que juega al hockey. Marihuana dice a todo “qué lindo”. Los demás se quedan hablando con Analía de polinomios y de

las diferencias entre ir a un colegio privado y un Industrial.

En determinado momento Marihuana y Florencia parten hacia rumbos desconocidos y Julián vuelve agotado con un montón de paquetes de cigarillos que Marihuana le regaló con tal de que los deje tranquilos.

El Trigo está enojado porque Marihuana espantó a las otras chicas y encima se llevó a una. Analía siente que está de más y les dice que mucho gusto pero se vuelve a su carpa. Nahuel le pregun-



ta si pueden ir juntos, porque él también se va. Analía le dice que sí. Cómo nos cagó Nahuel, murmura Martín, con cierta admiración.

Como no tienen sueño ni nada que hacer deciden fumarse todos los cigarrillos que quedan entre los cuatro. Martín dice que las que estaban mejor eran las que se fueron asustadas de Marihuana. Julián dice que no, que Florencia era la mejor de todas. El Trigo dice que a la tarde, en la pileta, estuvo a punto de transarse a la líder pero justo

llegaron ellos. Caca Verde dice que ni en pedo se la iba a transar en el medio de la pileta. Julián se pregunta si Nahuel será capaz de hacer algo con Analía.

Están en medio de esas conversaciones aburridas cuando ven que, entre la oscuridad y los árboles, emerge Florencia, corriendo y a los gritos. Cuando se calma pregunta por Analía. Martín le dice que se fue. Entonces yo también me voy, contesta Florencia. ¿Pero qué pasó?, ¿dónde está Marihuana?, pregunta Julián. Florencia no contesta.



Se quedan un rato más, esperando a Marihuana. Mientras amanece terminan los últimos cigarrillos. Vuelven a la carpa sin Marihuana y en silencio.

Se despiertan al mediodía con un dolor de garganta insoportable. A las cuatro de la tarde tiene que venir la madre de Marihuana a buscarlos. No comen nada. No dicen nada. Marihuana está deambulando alrededor de la carpa y parece que habla solo. Aunque es el día de la primavera hacen un fueguito porque tienen bastante frío. Al otro día

tienen que volver a la escuela y la situación los deprime. Se abre el iglú y salen Analía y Nahuel.

Nahuel acompaña a Analía hasta su carpa y cuando vuelve todos lo reciben con aplausos y le cantan mil veces seguidas “Matador”, de los Cadi-lacs. Los chabones y las rolingas de al lado se suman al canto y les devuelven la linterna. Sin que nadie le pregunte, Marihuana explica que Florencia salió corriendo porque a él le dio calor y se sacó toda la ropa. Cuando se quedó



solo no supo qué hacer y pasó toda la noche desnudo, mirando el camping desde arriba de un árbol.



RAMIRA



Estábamos en las hamacas de la plaza. Ya hacía una hora y media que había terminado el horario escolar pero nos gustaba quedarnos ahí. A veces había pelea o alguno transaba con una chica de otro curso contra la pared lateral del baño público.

Pero hoy no pasaba nada especial.

Solo se trataba de estar el mayor tiempo posible fuera de casa.

Llegó Ramira. La leyenda dice que tuvo un amigo que se llamaba Ramiro. Ella lo quería mucho y cuando lo expulsaron del colegio por vándalo, en su honor, para rendirle tributo, se hizo llamar Ramira.

Otros dicen que Ramiro era un novio muerto, el gran amor de su vida. Otros dicen que Ramira simplemente se llama así y que es un nombre raro y nada más. Sus padres eran de la época



hippie y como algunas personas se llaman Almendra o Durazno, a ella le tocó llamarse Ramira. La verdad es que no nos animamos a preguntarle y ella parece estar contenta con la subsistencia del misterio.

Ramira es más grande que nosotros. Creo que repitió uno o dos años. Aunque nos gusta mucho, todos estamos absolutamente afuera de su radar y ni hace falta que lo diga. Ella tiene novios de 18, 19 y hasta 20 años. Siempre nos cuenta de qué manera los deja.

Ramira dice que odia a los hombres pero los necesita porque es muy sexual. Ramira dice que por muy contradictorio que sea, ella es así y que nunca va a cambiar. Ramira se acepta tal como es y nos recomienda a nosotros seguir su mismo ejemplo, aunque a ella le parece que todavía nos falta tener una identidad definida.

A nosotros nos parece bien que sea así y planeamos ser como ella cuando tengamos una identidad definida.

A su último novio, por ejemplo, lo



dejó de esta manera: estaban charlando en un barcito. El barcito tenía la luz muy tenue y sonaba música lenta. A Ramira desde el principio esto le pareció decadente, demasiado romántico y decidió que a la primera que el pibe fallara, ello lo iba a dejar.

La cuestión es que charlaban, mejor dicho, él hablaba sin parar y de repente le dijo “porque nosotros”. Entonces Ramira lo paró y le dijo “¿qué nosotros?, vos y yo, vos y yo”. Y siguió diciendo “vos y yo” mientras señalaba al

pibe con el dedo índice cuando decía “vos” y se señalaba a sí misma cuando decía “yo”.

Dijo eso mil veces, cada vez con la voz más alta. Dice que llegó a su casa y todavía decía “vos y yo”, como en un loop enloquecido y eterno. Su mamá no entendía una mierda y le pegó una cachetada.

Ramira dice que le agarró un ataque de personalidad propia, que en esa relación ella se sentía muy sofocada por los anhelos románticos del pibe y ese



“vos y yo” fue una separación radical que explotó de lleno en su lenguaje. A partir de ahí nunca más le atendió el teléfono y todo lo que le recuerda a él le da asco y repulsión.

Cada tanto le pedimos que vuelva a contar esa historia porque nos encanta y Ramira siempre agrega un dato que humilla más al pobre pibe. A veces le tira un vaso de agua en la cara, a veces lo muele a palos en público, a veces lo llama para que escuche mientras tiene relaciones sexuales con otro.

El pibe, según Ramira, era bueno, pero muy bueno, y con ella los pibes no tienen que ser buenos, sino más bien malos, le tienen que faltar el respeto y la tienen que tener bien cortita. Ramira dice que el psicólogo le dijo que ella buscaba esta clase de hombres porque le faltaba una figura paterna. Como nunca tuvo a nadie que imponga autoridad, busca desesperada y exageradamente la autoridad en chicos malos. Ramira dice que se enamoró del psicólogo y se lo declaró y durante un tiempo



mantuvieron una relación adulta.

Ramira dice que hubo muchas sesiones con el psicólogo en las que en vez de hacer terapia, se la pasaron garchando arriba de la cama que hacía las veces de diván. Ramira dice que garchar es la mejor terapia que existe. Cuando terminaban él la cubría con una manta y buscaban en Google algún destino que los escondiera de sus respectivas familias. Ella dice que habían decidido irse a Buzios. El psicólogo iba a poner un chiringo en la playa y ella iba a tra-

bajar de bailarina exótica en un boliche. Pero un día el psicólogo le salió con el martes trece de que ya no se podían seguir viendo. Su mujer estaba a punto de echarlo de la casa.

A Ramira le asustó que los hijos del psicólogo tuvieran su misma edad. Le pareció algo a mitad de camino entre la perversión y la locura. Ramira dice que indudablemente el psicólogo sublimó sus deseos incestuosos a través de ella. Que cuando la tocaba, en su mente, tocaba el cuerpo de sus hijos.



El psicólogo, en fin, no quería irse con ella a Buzios, sino con sus hijos.

Todas estas interpretaciones, dice Ramira, las sacó, paradójicamente, gracias a las interpretaciones que el psicólogo hizo sobre su propia vida mientras hacían terapia.

Ramira dice que cuando salga de la secundaria va a estudiar Psicología. Ella asegura que con los conocimientos que obtuvo en los tres meses que duró su terapia, la carrera le va a costar mucho menos que a los demás estudian-

tes. Ramira, calcula, estudiará un cincuenta o sesenta por ciento menos que los demás.

Durante un tiempo Ramira pensó en ponerse en contacto con el hijo del psicólogo. Quería enamorarlo, hacerle morder su anzuelo sexual para dejarlo en la ruina psicológica, de la misma forma que su padre había hecho con ella.

Ramira pasó algunas semanas merodeando la casa del psicólogo. Recién ahí entendimos porque había faltado tantas veces a clase. Mientras nosotros le



hacíamos bromas pesadas a la profesora de Inglés, Ramira tramaba la venganza perfecta.

Ramira dice que mirando la casa del psicólogo desde afuera, se dio cuenta que cualquier persona que pasara por ahí ni remotamente imaginaría la clase de persona que era el psicólogo y la clase de ruina en la que ella había quedado por conocerlo. A Ramira le indignaba esa hipocresía y esa hipocresía aumentaba su deseo de venganza.

Ramira pensó en aparecer de impro-

visto en la casa del psicólogo y hacer una escena con gritos y llantos como había visto en sus novelas favoritas. Esa era una alternativa violenta que no la convencía del todo, así que también pensó en lograr la amistad de todos los miembros de la familia (esposa e hijos) y tenderle algún tipo de trampa al psicólogo. Como una fiesta sorpresa en la que en vez de regalos y tortas solo hubiese reproches y humillaciones.

Ramira pensó en hacerse amiga de la hija del psicólogo, Juliana, y a través



de ella conocer a su hermano Marcos, a quien pensaba llevar a la ruina psicológica. Mientras pensaba en cómo abordarla, se le ocurrió algo todavía más complicado: valiéndose de sus inigualables poderíos sensuales, Ramira se propuso seducir a los dos hermanos, de forma tal que llegado un punto determinado tuviesen que enfrentarse y pelearse por el resto de sus vidas.

A Ramira le parecía que la ruptura del vínculo de los dos hermanos sería interpretada por el psicólogo como una

especie de justicia poética en su contra.

Por esos días, Ramira no podía pensar en otra cosa que no fueran los dos hijos del psicólogo. En retrospectiva se da cuenta que hasta se olvidó del psicólogo. Algo la empezó a unir a ellos dos. Algo que estaba en la frontera exacta entre el amor y el odio. Los buscó en Facebook y los agregó, pero eliminó las solicitudes de amistad al instante porque se dio cuenta de que le podía traer problemas. Así que se le ocurrió crear dos cuentas falsas. Con una agregaría a



Juliana y con la otra a Marcos.

Mientras tanto inventó dos identidades falsas en Facebook para poder conocer más profundamente a Juliana y Marcos. Esto le generó varias contradicciones, justamente a ella que se vanagloriaba de tener una identidad definida. Pero después llegó a una conclusión que la tranquilizó: su identidad era tan fuerte, su identidad había echado tantas raíces que era como un árbol inmenso que duraría miles de años, incluso después de muerta. Partiendo de

esa base fue que Ramira se permitió crear nuevas identidades.

Una de las identidades se llamó Horacio F. Estaba sentada frente a su computadora, sin decidirse por un nombre, a punto de abandonar la idea por resultarle ridícula, patética y muy psycho, hasta que vio que el taller mecánico del frente se llamaba Horacio. La F era de Falso. En todo caso, si algún día entablaba conversación con Juliana, se le ocurriría algún apellido, Fernández, Funes, etc.

Pero para crear una identidad, no



hacía falta solo un nombre. Horacio F. debía convertirse en alguien real, tener gustos, costumbres, una forma de pensar y amigos. Si Juliana era un poco inteligente se iba a dar cuenta que Horacio F. era inexistente porque solo la tenía agregada a ella. Así que Ramira se dispuso a crear varias cuentas falsas para que Horacio F. tuviese amistades y Juliana no sospechara nada raro.

Al principio pensó en crear unas diez o veinte pero a las cinco de la mañana había creado alrededor de ciento veinte.

Había algo adrenalínico y erótico en crear cuentas falsas. Mientras las creaba, sus dedos temblaban y hablaba sola. Ramira siempre supo que era una desquiciada desde chiquita, pero ahora su desquicio le causaba cierto miedo. Necesitaba descargarse de alguna forma, así que fue al baño, abrió el agua fría de la ducha y se metió abajo. Y se masturbó. Dice Ramira que hasta ese día nunca se había masturbado así. Dice que fue como garcharse a sí misma. Que mientras se tocaba pensó que ya no iba



a necesitar a ningún hombre ni a ninguna mujer para saciar su apetito sexual.

Cuando se levantó, al otro día, Ramira dice que era una mujer nueva. Borró todas las cuentas de Facebook falsas, se despidió mentalmente de la idea de venganza y empezó a pensar otra vez en sí misma.

Ramira dice que vio claramente como la idea de venganza se iba yendo, era como una nube llena de insultos y de sangre que se alejaba para siempre y la dejaba en paz.

Ramira dice que aunque nosotros la escuchemos, no somos capaces de entender perfectamente lo que significa esta historia para ella. Para Ramira esta historia es profunda, marca un antes y un después en su vida. Ramira dice que alguna vez a nosotros nos va a pasar algo parecido y nos vamos a dar cuenta de cómo es todo. Después sacó un cigarrillo y empezó a fumar uno atrás de otro. Sin decirnos chau o hasta mañana volvimos a nuestras casas en silencio.



— **UNA PIEDRA, DOS PIEDRAS**



Una piedra. Dos piedras. Sale afuera y grita:

–Dejen de tirar piedras, la puta que los parió. Dejen de tirar piedras.

Le parece que la vida es extraña: de un momento a otro se convirtió en el vecino al que le tiran piedras y actúa exactamente como lo requiere el caso.

Como si Dios hubiese escrito un guión que sabemos de memoria en forma inconsciente. También el que tira la piedra es parte del guión.

Se sube a la pileta del lavadero y espía la casa de al lado. Las ventanas están bajas y en el patio no se ve a nadie. Supone que las piedras vienen de la calle, pero es imposible porque su casa está en el corazón de la manzana. Grita otra vez:

—No tiren más piedras, la puta que los parió.

Cuando abre la puerta de la cocina,



cae otra. Pega en la persiana y milagrosamente no rompe el vidrio. Grita otra vez:

—La puta que los parió.

Imposta la voz para creerse que él es uno de esos hombres que pasan a la acción en el caso de ser atacado con piedras de procedencia desconocida. Mientras piensa esto, cae otra piedra. “Putá madre”, murmura.

Esta vez se sube al lavarropas, de ahí a la cabina del termotanque, de ahí al paredón (tiene que eludir los vidrios

que alguien puso para que nadie haga lo que está haciendo él) y de ahí al techo.

Se siente en un videojuego de Family Game, de esos en los que los muñequitos iban saltando de un hongo a un árbol y del árbol a una montaña eludiendo globos de fuego y estalagmitas afiladas.

Mientras sube la pendiente del techo, le pasa una piedra a la altura del hombro y tambalea. Llega al tanque de agua. No sabe muy bien qué está haciendo ahí ni qué decir pero resuelve que lo mejor es seguir gritando como un chiflado:



—La puta madre, dejen de tirar piedras.

Se siente bien estar arriba del techo gritando como un chiflado. Lo hace dos o tres veces más. Hoy fue un día raro, típico de Mar del Plata: llovió a la mañana, al mediodía salió el sol, después se nubló y empezó a correr mucho viento. Pero en el techo el clima es otro. Se da cuenta que subió al techo con uno de los cascotes en la mano. Pensaba tirar él también e incluso anunciarlo con un justificativo “ojo por ojo” pero le pare-

ce una locura, así que devuelve el cascote a su patio. Antes de tocar el suelo, roza una maceta y se rompe en mil pedazos. Su mujer sale a los gritos y le pregunta qué pasó:

—No sé, estos hijos de puta siguen tirando piedras, vos metete adentro, mirá si te pegan.

—Me rompieron la maceta.

—Ya sé, mi amor, son unos hijos de puta, no les importa nada.

Su mujer se mete adentro y observa todo lo que pasa con la cara pegada al



vidrio de la puerta de la cocina.

Piensa qué pasaría si los que tiran piedras son tipos malos de verdad, esa clase de tipos que aparecen en la tele, en noticias en las que un vecino se fue a quejar porque otro tiraba piedras y el que tiraba piedras lo mata de un cascotazo en la cabeza, después lo deja en un baldío, pasan seis meses y lo encuentran carcomido por las ratas y los perros hambrientos.

Otra cosa sencilla que piensa es por qué le tiran piedras a él. Se le tira pie-

dras a la policía y a la hinchada contraria. Por joder, a los amigos a la salida del colegio, a las lámparas de los postes de luz, a los portones de chapa para que hagan ruido en medio de una noche silenciosa y fría. Pero no a él, él es del palo o eso creía hasta que se subió al techo. Él está a favor de todas las buenas causas, si no le cayeran a él, probablemente también estaría a favor de que las piedras surquen el cielo libremente y en cualquier dirección.

En las tardes de barrio se escuchan



gritos y nunca se sabe muy bien de dónde vienen. Hoy es él quien produce esos gritos. Hoy es un ícono del barrio aunque siempre odió los barrios: la tristeza de los domingos a la tarde, tener que ir hasta una avenida para comprar cosas, tardar media hora en la carnicería porque todos se conocen y tiene cosas maravillosas para contarse.

Su mejor época fue cuando vivió en un monoambiente en el centro. Ninguno de los departamentos de su piso estaba ocupado así que no se cruzaba

nunca con nadie y podía poner la música a todo volumen. El trato con todos los que lo rodeaban era impersonal y mínimo. Además nadie le tiraba piedras. Entiende que está subido al techo, que tiene que pensar menos y actuar más, así que pregunta:

—¿Dónde están?

Probablemente por calibrar el riesgo de lo que está haciendo le salió una voz temblorosa y distante. Como si en vez de estar buscando malhechores que le tiran piedras, estuviese jugando a las



escondidas en el barrio Pueyrredón.

Mira hacia abajo y su mujer sigue pegada al vidrio. Le hace unas señas para que deje de mirarlo. Ella le hace otras señas, dándole a entender que ella mira lo que quiera y que rompieron la mace-ta. Él hace más gestos para que se vaya. Ella no se va.

Él hace un gesto como diciendo “hace lo que quieras”. Ella hace otro gesto como diciendo “obvio que hago lo que quiero”.

De pronto: la visión del patio de atrás

de una casa lleno de escombros. Perdi-
do en sus pensamientos, en el combate
gestual con su mujer, no lo había visto.
Está a punto de gritar “ya los vi”, pero le
parece algo que podría decir su mamá o
su abuela. Se queda esperando un rato
apoyado contra el tanque de agua. Pa-
san segundos que demuestran que el
tiempo es un parámetro irreal, ya que a
él le parecieron tres días.

Ve los techos plateados de las ca-
sas vecinas. Ve que ya nadie usa tejas
o que las tejas se vuelan. Ve ramas de



árboles moverse al compás del viento marplatense. Ve el sol escondiéndose en el horizonte. Ve un cielo cubierto de nubes. Ve en su imaginación como se vería su propia imagen en Google Earth y se siente un superhéroe con poderes extra sensoriales. Ve millones de casas de personas como él, a las que nunca les pasa nada hasta que se suben a un techo porque les tiran piedras. Ve todo eso y más hasta que se asoma un nene.

No sabe si tiene diez o catorce años. Tiene una gorra y un buzo con capucha

que le llega a las rodillas.

Quiere que el nene se sienta como el tipo que mató al Archiduque y desencadenó la Primera Guerra Mundial. Quiere que el nene desarrolle una puta escombrofobia, mareos y convulsiones, un trauma que perdure en su vida hasta su muerte. Quiere que el nene sufra un stress postraumático después de cruzarse con él, como si hubiese ido a Vietnam tres veces seguidas. Quiere que el nene sienta lo que los mozos cuando se les cae una bandeja llena de



vasos y platos.

El nene se esconde atrás de un árbol y él grita otra vez:

—La puta que te parió, nene, dejá de tirar piedras, casi me rompés un vidrio, nene, casi me rompés la casa, nene, estás loco, estás en pedo.

El nene asoma su cabeza y no dice nada.

—¿Por qué tirás piedras?

—Yo no fui, fue mi primo —dice el nene, señalando hacia la derecha, donde un bebé de dos o tres años deambula

por ahí con un chupete en la boca y una naranja en la mano.

–¿Ese bebé es el que tiró las piedras?

–No, otro primo.

–Bueno, decile a tu otro primo que si sigue tirando piedras voy, le tocó el timbre a tu mamá y rompo todo.

–Bueno, yo no sabía.

–¿Qué no sabías?

–Yo no sabía que estaba tirando piedras.

–¿Y si no sabías que tu primo estaba tirando piedras cómo sabés que fue él?



El nene no responde, después se rasca la cabeza y pregunta “¿qué?”.

–Que si no sabías que tu primo estaba tirando piedras cómo sabés que fue él.

–Porque lo vi.

–Entonces sabías.

El nene se queda en silencio otra vez y él también. “Bueno”, murmura, pero no termina de completar la frase.

–No se tiran piedras, a tu edad yo no tiraba piedras.

–Es que yo no las tiro.

–A tu edad yo estudiaba, trabajaba,

tenía proyectos.

–Es que yo no soy, señor.

–Lo digo por tu primo.

–Es que fue él.

–¿No habrás sido vos?

–Fue mi primo.

Está a punto de decir otra cosa pero se calla, le parece que con eso ya basta. La última imagen que ve es el nene moviendo las manos, señalando el cielo, los escombros y el techo de su casa, explicándole a alguien oculto lo que acaba de ocurrir. Parece desesperado



aunque tal vez se trate de un niño actor y le esté hablando a la nada o a un espejo, como Robert De Niro hace en algunas películas.

Se baja del techo. Intenta hacerse una imagen de lo que vio el nene que tiene un primo que le tiró piedras. Debe haber visto a un tipo flaco y barbudo, despeinado, gritando y tambaleándose en un techo.

Entra a la casa y su mujer le pregunta quién tiraba piedras.

—Unos boludos, había una pila de es-

combros y tiraban piedras.

La mujer quiere saber quiénes eran, qué edades tenían.

—Unos tipos, responde él, unos tipos grandes, nuestra edad o más.

—¿Eran grandes?

—Sí, grandes, muy grandes, tenían mil años.

—¿Grandes de edad o de tamaño?

—¿No escuchás lo que te digo? Las dos cosas: grandes de edad y de tamaño.

—¿Y no te dijeron nada?

—Se quedaron callados, estarían bo-



rrachos o drogados.

—¿Y por qué tiraban piedras?

—Qué sé yo, mi amor, mirá las preguntas que hacés, tiran piedras porque son boludos, porque no tienen otra cosa que hacer, porque no saben dónde meter los escombros, porque les gusta mirar cómo vuelan las piedras en el cielo, pero quedate tranquila, no van a tirar más.

“Me voy a bañar”, dice. Entra a la pieza, abre el cajón de las medias y elige. Escucha un ruido seco. Mira el piso

del patio: una piedra. Se queda congelado, como el protagonista de un video al que le pusieron pause, así, inmóvil, expectante, nervioso, confundido. Y cae otra piedra.



**SI NO QUEREMOS TENER UN HIJO
AUNQUE SEA TENGAMOS UN GATO**



Ella quería comer ñoquis y él quería comer carne. Ninguno de los dos cedía y llegaron a creer que cada uno comería por separado. Él dijo que no tendría ningún problema y ella dijo que sí. Él preguntó qué tipo de problemas. El tipo de problemas que tienen las personas que tienen una sola cocina y tienen que

cocinar al mismo tiempo, dijo ella. Entonces no comamos, dijo él.

No comieron y en determinado punto de la noche se arrepintieron pero ya era muy tarde. Ella dijo que mejor desayunaban bien pesado, con jugo de naranja, café con leche, mate, medialunas y bizcochitos de grasa. Él se levantó a las cinco de la mañana. Se comió un paquete entero de pan lactal, se volvió a acostar y durmió hasta las tres de la tarde. Ella se levantó a las siete y desayunó pesado.



Al otro día había un sol radiante. Ella le preguntó si quería salir a caminar porque había que aprovechar. Él dijo que prefería los días nublados, que el sol estaba sobrevalorado y que no le gustaba caminar cuando no sabía adónde ir. Ella le preguntó por qué le hacía siempre la contra y él dijo que simplemente decía lo que pensaba, que si ella quería (y esto ya lo dijo en tono sarcástico) él iba a dejar de decir lo que pensaba y solo iba a decir lo que a ella le gustara escuchar.

Después de las cinco de la tarde se empezó a nublar y el cielo quedó completamente gris. Ella lamentó no haber salido de la casa en todo el día. Él se lo tomó como un reproche y le dijo que si quería salir hubiese salido. Ella le preguntó a quién le hablaba. Él dijo: Sos muy canchera.

El cielo estaba tan nublado que ella tuvo que prender la luz del comedor para ver lo que leía. Él se fue a la habitación solo para que ella note que prefería la oscuridad.



Ella preguntó si colgaban la ropa afuera o en el tender de adentro. Él dijo que si vivieran en una casa con lavadero, no tendrían esos problemas y eso fue todo lo que dijo sobre el tema.

Cuando se largó a llover colgaron la ropa en el tender entre los dos, sin decirse nada y con mucha bronca.

Podrían haberlo hecho más rápido y adentro de la casa, pero prefirieron mojarse afuera para remarcar esa bronca en los ojos del otro.

El patio era muy chico y se podía ver

desde el comedor y la habitación. La lluvia se incrementó, hubo rayos, truenos y casi se corta la luz. Los dos, él desde la habitación, ella desde el comedor, vieron a un pájaro empapado haciendo equilibrio en la soga de la ropa. Cuando ella se dio cuenta que él también miraba fue a buscarlo y se abrazaron.

Él quiso que se tiraran en la cama un rato pero ella le dijo que estaba leyendo sobre cómo los objetos mutaban y se perfeccionaban a través del tiempo y el ser humano seguía siendo el mismo.



El autor del libro especulaba con la idea de una melancolía ancestral y atávica, responsable secreta de todo el dolor que siente el hombre en el Planeta.

A la noche comieron ñoquis. Ella no le quiso pasar las servilletas de papel. Él dijo que no lo iba a decir para no agregar una gota de nafta al incendio (usó exactamente esas palabras) pero ya que ella no colaboraba, los ñoquis estaban duros. Todo indicaba una gran pelea, pero civilizadamente concluyeron en que tenían distintos conceptos en cuan-

to a la cocción de las pastas.

Durmieron abrazados y a la mañana miraron una película en la cama. Era igual a unas veinte que habían visto en los últimos años pero mejor. Unos adolescentes retardados se perdían y filmaban todo con una cámara portátil. Morían todos en manos de las fuerzas extrañas, pero alguien encontraba la cámara portátil. Y esa era la película. Después quisieron ver otra pero no encontraron subtítulos y se enojaron.

Él preguntó qué día era y ella dijo



que era sábado. Él dijo que iba a volver a trabajar dentro de dos semanas y ella le dijo que le parecía muy bien, no tanto por la plata, sino para que saliera un poco afuera. Cuando una persona está todo el día encerrada se forma un olor raro, dijo ella, y no lo digo porque no te bañes porque sé que te bañás, es algo imposible de erradicar: el olor de una persona que pasa todos los días encerrada en su casa. A él este comentario le pareció totalmente ofensivo y estuvieron callados y mirándose con rencor

un par de horas.

A la tarde se sentaron en la mesa, abrieron un paquete de galletitas que les encantaban y escucharon música. Distintas bandas y distintos géneros. Él dijo que a las mujeres no les interesaba saber quién tocaba la guitarra o la batería en determinado disco. Tampoco les interesaba saber de qué año era tal o cual disco. Las mujeres van en busca de canciones, los hombres van en busca de discos, era el resumen de su teoría. Ella dijo que era verdad pero se trataba de



una verdad machista. A las mujeres, según él, tampoco les interesaba escuchar los instrumentos, prestar atención. Eso sí es mentira, una mentira machista, dijo ella, a mí me gusta escuchar los bajos. En todo caso te gustaran los bajistas, dijo él. Lo que pasa es que con estos parlantes de mierda lo único que se escucha es el bajo, contestó ella.

Cuando hacía varios minutos que ninguno decía nada, él reflexionó: Sí, es verdad, lo único que se escucha es el bajo.

Discutieron sobre el mejor Batman, el mejor beatle, el mejor polvo, el mejor escritor y la mejor fruta.

Si no queremos tener un hijo, aunque sea tengamos un gato, dijo ella. Odio a los gatos, dijo él, especialmente lo que cree la gente que tiene gatos: que los gatos son más inteligentes que los perros. Los perros son sumisos y tristes, dijo ella, pero tenés razón, tampoco los gatos son inteligentes, solo son más elegantes y soberbios. Como si uno tuviese un gato para jugar al ajedrez o hablar



de Hegel, dijo él, indignado. Uno tiene una mascota esencialmente para ras-carle la cabeza y mirarla mientras hace movimientos raros, dijo ella. Por lo único que tendría un gato es para ponerle Enzo Francescoli, dijo él.

A la tardecita salieron a tomar algo. Ella pidió un capuccino y él un café irlandés. Él lo tomó con mucha dificultad y dijo: Lo bueno que tiene este café es que te emborracha un poco, pero es intomable. Ella probó y le dijo que estaba bueno y que era muy de él pedir

algo que no le gustara pero que tenía consecuencias agradables. En este caso emborracharse a las seis de la tarde. Él le dijo que no había podido seguir el razonamiento entero pero que le parecía justo e inteligente.

Dijo también que le parecía increíble que a pesar de los años ella le siguiera pareciendo tan distinguida. Ella no dijo nada porque odiaba cuando él empezaba a piroppearla. Él le dijo que el vestido le quedaba muy bien y que era sumamente hermosa, la más hermosa de



las hermosas. Ella dijo que todo lo que él decía le parecía ridículo y vergonzoso (esto lo dijo ruborizada y distante). Claro, porque lo digo yo, dijo él. Uh creo que estás borracho, dijo ella. Me encanta cuando decís Uh, dijo él, me gusta cómo te queda la pera. Y se rieron los dos juntos a un volumen muy alto y con naturalidad.

Antes de irse vieron en la vereda a dos nenes que se pegaban trompadas porque querían sentarse en el asiento de adelante de un auto. Para ella los ne-

nes no eran hermanos sino primos. El sobrino había perdido a sus padres en un choque y ahora incomodaba a todos con sus deseos de amor y aprobación. El padre dejaba que se mataran a trompadas porque no sabía qué hacer. Por un lado quería complacer a su hijo, a quien amaba genuinamente, pero por otro debía hacerse cargo de su sobrino, es decir, tratarlo como un hijo más. Este hombre jamás se había puesto a pensar la diferencia que hay entre los afectos reales y los aparentes y ahora estaba en



serios problemas.

A la vuelta compraron chocolates y Coca Cola en el chino. Ahí está el hijo de los dueños, dijo ella, es un chinito hermoso y viaja en los carritos de los clientes. Un viejo le quiso dar caramelos pero la madre china dijo que no le convidara porque cuando come muchos dulces y hace mucho calor, al chinito le sangraba la nariz.

Ella dijo que si los hijos nacieran espontáneamente chinos y duraran hasta los dos años, lo pensaría mejor.

A la noche comieron carne. La carne estaba dura y tenía un gusto raro. Ella le preguntó si no sería carne de cerdo. Es tapa de asado, dijo él, ¿cómo podría ser cerdo? No sé, dijo ella, ¿porque parece cerdo capaz? Dijeron que si una carne parecía de cerdo, era de cerdo, pero él aseguró que era tapa de asado. Se propusieron cambiar de carnicería.

Cuando terminaron de cenar a ella se le ocurrió salir a caminar por el barrio. Él dijo que no quería. Ella le preguntó si era por la inseguridad. Él le dijo que



un poco pero más que nada porque en ese barrio no había una mierda para ver. Ella insistió y salieron. Era octubre y empezaban los días de calor, pero esa noche en especial parecía de julio. No había nadie y notaron las veredas mucho más destrozadas que de día. Parece que estamos caminando por la ciudad de una película de ciencia ficción, dijo ella. No se escuchaban grillos ni murmullos ni el ruido que hacen las hojas de los árboles cuando las mueve el viento. La noche estaba oscura y el mundo se

les presentó tal y como es.

Caminaron cinco o seis cuadras en línea recta hasta llegar a una plaza. Estuvieron un rato decidiendo si la cruzaban o no. Y no la cruzaron.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina